

El fin de una guerra que fue el principio de otra

Contar una guerra en primera persona y hacerlo sin épica y sin exaltar heroísmos no es algo habitual en la literatura israelí. Yoram Kaniuk se atreve en 1948 a pintar un cuadro descarnado en el que trae al presente algunas verdades olvidadas

Por Ana Carbajosa

LOS OBITUARIOS de Yoram Kaniuk estaban listos para pasar por la rotativa hace cinco años. El escritor israelí anduvo medio moribundo en la cama de una unidad de cuidados intensivos. Sangraba por dentro y un cirujano hábil le operó tres veces en diez días. Contra muchos pronósticos, Kaniuk se recuperó. Un año después, sentado en una butaca de cine, un primer plano de unos ojos le hizo dar un brinco. Aquellos ojos le resultaban muy familiares. Pertenecían a una actriz guapa, que resultó ser la hija del cirujano que años atrás le había operado y salvado. Eran los mismos ojos que le habían mirado, bajo la luz de los focos del quirófano cuando agonizaba en el hospital. La coincidencia no resulta excesivamente extraordinaria en un país tan pequeño como Israel. Pero a Kaniuk le sirvió para conectar con la anteañala de su propia muerte.

Había estado en aquella antesala, entubado en los cuidados intensivos, pero también en el pasado remoto, cuando era un joven soldado que casi muere por defender un país y una causa en la que no acababa de creer. Fue en 1948, cuando un balazo en plena guerra le hirió de gravedad.

El episodio del cine y los ojos despertó la memoria de uno de los escritores más singulares y prolíficos de la literatura israelí. Yoram Kaniuk se sentó a escribir *1948* (Libros del Asteroide), una colección de recuerdos entrecortados del campo de batalla, hilvanados con una honestidad apabullante e incluso con sentido del humor.

En la novela de este soldado del bando de los vencedores no hay lugar para el heroísmo ni la épica. Cuenta que los jóvenes uniformados como él fueron niños bien, que lucharon malarmados, faltos de munición y sin saber muy bien por qué ni por quién arriesgaban sus vidas. Por eso, pero no solo por eso, la narración de Kaniuk resulta atípica frente a las versiones idealizadas y exaltadas de la guerra que dio pie a la creación del Estado de Israel en 1948. Las dudas, el miedo y las contradicciones estuvieron bien presentes en el nacimiento del nuevo Estado, según Kaniuk. Su publicación le encumbró, causó un considerable revuelo y gustó sobre todo a los jóvenes que crecieron con los mitos de aquella guerra y para los que la novela de Kaniuk supo a aire fresco.

Su lenguaje descarnado y moderno es otra de las razones que explican la conexión de este hombre de 82 años con los jóvenes israelíes. "Uno de los nuestros estaba colgado de un árbol, cortado en pedazos, atados con cuerdas y con la polla metida en la boca". O "cuando volví, la ropa de la monja estaba subida. Esa fue la primera vez que vi un desnudo de mujer. Era joven. Pensé que la gracia divina era oscura y aterradora". Kaniuk describe una guerra bestia, como son las guerras. En la que hay sangre, golpes y disparos. Pero en la que sobre todo hay personas. Hay mujeres con trajes bordados, con hijos, con discos de música, con vida.

1948 habla de la guerra, pero también de los judíos que vivían en la Palestina del mandato británico y de los que llegaron luego; los supervivientes del Holocausto. En su libro Kaniuk dibuja las relaciones que se tejieron entre los israelíes y los que fueron recalando en barcos procedentes de Europa. Los primeros eran los pioni-

ros, empeñados en hacer florecer el desierto como ordenaba David Ben Gurión. Los segundos eran un trauma viviente. "Nosotros veníamos de la guerra, pero ellos del infierno", arranca Kaniuk, sentado en una butaca en el piso bajo en el que vive con su mujer en el centro de Tel Aviv.

El joven Kaniuk trabajó en uno de los barcos que trajo a Israel a miles de supervivientes. Allí pudo escuchar sus historias, empezar a comprender la magnitud de lo que había pasado. "¿Cómo podía explicar a un joven del barco *Pan York*, un joven que a los

israelíes de la época "muy difícil entender cómo pudieron morir tantos y no pelear. Entonces, no conocíamos las historias de rebeliones en los campos", dice Kaniuk, quien escribe en su libro que "el 48 es la guerra de Mickey Mouse comparada con el Holocausto". Kaniuk tiene claro que, a pesar del desencuentro de los primeros años, "al final, fueron ellos [los supervivientes] los que construyeron este país".

Aquella guerra, la del 48 fue muy dura para los israelíes, pero terminó en victoria. Para los palestinos fue la Nakba o el desas-

acompañado durante mi juventud, en la que había confiado siempre, se había dormido en aquel momento crítico". Ahora en la butaca de su casa, vuelve a reflexionar sobre lo sucedido. "Aquel fue el inicio de la tragedia. Los supervivientes del Holocausto echaron a los árabes de sus casas".

Haber incluido en su libro el punto de vista del otro, del enemigo, convierte también a Kaniuk en atípico, en un país en el que el ministro de Exteriores, Avigdor Lieberman, ha conseguido criminalizar cualquier acto que conmemore la suerte que corrieron los palestinos en 1948. "Hay que hablar de la Nakba. Hubo una guerra. Nosotros ganamos. Ellos perdieron. La gente tiene que saberlo".

1948 ha convertido a Kaniuk, autor de *El hombre perro*, en un héroe cultural en su país. La consagración de su singularidad se produjo, sin embargo, el día que el escritor decidió pedir que le quitaran la religión del carné de identidad. Peleó en los tribunales y finalmente consiguió ser "el único israelí definido por la nacionalidad, no por la religión". Ocupó la primera página de los diarios en Israel. Su nieto, que hoy da saltos por el pequeño apartamento de Tel Aviv, es el culpable. Kaniuk se casó con una mujer que no es judía. Sus hijos y sus nietos no son pues estrictamente judíos. "Cuando nacieron, los registraron como cristianos. Pero eso era falso".

El autor defiende que vale la pena haber puesto patas arriba los esquemas del Ministerio del Interior, porque él no cree en Dios y porque sostiene, que al margen de religiones, el pueblo judío es "una nación, con reyes y reinos. Kafka y Einstein tampoco creían en Dios". Pertenecer sin lugar a dudas al extremo más laico de la sociedad israelí, en la que los sectores religiosos avanzan posiciones con una celeridad que a muchos ha pillado con el pie cambiado. "[Los religiosos] cada vez son más extremistas. No creo que Israel pueda existir así. Los laicos somos una aldea en medio de la jungla. Estamos rodeados".

Kaniuk es un hombre que vive con los recuerdos de la guerra a cuestas. Un hombre, que como le gusta decir, mató antes de haber besado a una chica. Pero a pesar de todos los pesares, es un hombre amabilísimo, que exuda vitalismo. Sigue escuchando el jazz que le ha acompañado toda su vida y que se cuele en sus libros. En Nueva York, en Barcelona, en Tel Aviv. Es un hombre apasionado por la música y por la vida, pero cuando se trata de adivinar hacia dónde se encamina su país y si algún día se resolverá el conflicto con los palestinos, su optimismo flaquea. Hace años estuvo a

la izquierda de la izquierda y fue pacifista de pro. Hoy, ya no se cree casi nada. "Ellos [los palestinos] nunca aceptarán una solución y nosotros hemos cometido tantos errores..." u "Oriente Próximo está cambiando y no sé cuánto resistirá nuestro pequeño Estado". O "son muchos años. Hay tanto odio...". Se lamenta además de la clase política que marca el paso en Israel y con la que no comulga. "[el primer ministro, Benjamin] Netanyahu es un castigo. Es uno de los peores políticos". "Tuvimos líderes como Ben Gurión, como Rabin, como Eshkol. Pero ahora...". Y termina: "Antes creía que había una solución. Ahora no".

1948. Yoram Kaniuk. Traducción de Raquel García Lozano. Libros del Asteroide. Barcelona, 2012. 248 páginas. 19 euros.



El escritor israelí Yoram Kaniuk, retratado en su casa de Tel Aviv. Foto: Alfredo Cáliz

Haber incluido en su libro el punto de vista del otro, del enemigo, convierte también a Kaniuk en atípico

12 años, en Auschwitz, buscó diamantes en el recto de sus padres muertos para venderlos a los hombres de las SS?", escribe. Antes de conocer a los supervivientes y de "enamorarse" de ellos, al escritor —entonces pintor— le resultaba como a muchos de

tre. Unos 800.000 tuvieron que huir y hoy ellos y sus descendientes viven repartidos por campos de refugiados en países de la región y en Gaza y en Cisjordania. Viven soñando que algún día volverán y muchos guardan las llaves de las que fueron sus casas en Ramla, en Yafa, o en Acre.

El relato de la Nakba es precisamente uno de los pasajes más intensos del libro de Kaniuk. Cuenta cómo el joven soldado vio cómo su ejército expulsaba a los palestinos de sus casas solo con lo puesto. Cómo niños, mujeres y hombres lloraban. Cómo, subfusil Sten en mano, les prohibieron volver a su ciudad. Cómo Kaniuk vomitó ante lo que veía. "Hombres con trajes, pero no siempre calzados, que imploraban. Dolor. Nostalgia. Humillación. Sentí que era cómplice de un delito, sentí que la conciencia que me había